

|

# PRIMERA PARTE

16 de noviembre de 1476 — 23 de noviembre de 1476  
LA SILLA VACÍA<sup>1</sup>

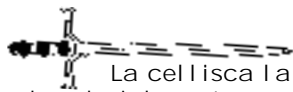


---

<sup>1</sup>Manusc. Sible Hedingham, 3ª parte.



# i



La cellisca la cegó en cuanto salieron del bosque y empezaron a galopar hacia la puerta noroeste de Dijon.

El hielo húmedo azotaba el rostro de Ash, que espoleaba al bayo pálido bajo un cielo que se iba cubriendo de nubes y pasaba del gris al negro mientras una mezcla de lluvia y aguanieve les caía encima como cuchilladas.

—¡Metedla en la ciudad! —chilló Ash por encima de la tormenta, con la garganta ronca—. ¡Ahora! Que entre por esas putas puertas, ¡vamos!

La mercenaria, que cabalgaba rodilla con rodilla con Florian y el resto de los hombres de armas del León, con el estandarte del macaón empapado y crujiendo por encima de sus cabezas, (*¡Christus Viridianus!* La duquesa Florian), se pegó aún más.

Unos cascos repentinos golpearon el suelo con un ruido sordo y rompieron la tierra empapada que dejaba tras ella en el camino que bajaba al puente que salvaba el foso. Un chorro de caballos de guerra y jinetes pasó a su lado y la rodearon, ataviados con el azul y rojo borgoñón y los penachos sucios. *¡Hombres de la Marche!* Comprendió la mercenaria con una mano ya en la empuñadura de la espada.

*Han salido para escoltarnos*

Envueltos por la seguridad de aquel ejército, atravesaron como un trueno los caminos, trincheras, barricadas y edificios del campamento visigodo. Volvían a casa entre el caos de las tropas visigodas que corrían en todas direcciones, haciendo saltar barro nuevo y húmedo con los cascos herrados.

Justo ante el estrecho puente, los caballos frenaron y se agolparon; la mercenaria golpeó frustrada el pomo de la silla. Doscientos hombres a caballo. La joven se quedó mirando fijamente todas aquellas espaldas, soltó un par de tacos, le dio la vuelta al bayo pálido con las espuelas y volvió a mirar la cellisca y la lluvia que caían como cuchillos y ocultaban el campamento visigodo. Ocultaban, de hecho, todo lo que hubiera a más de cincuenta metros. No se tardaban más de diez minutos en atravesar este embudo, pasar el puente, atravesar la verja; pero era una espera dolorosa que en su mente se convertía en media hora de apuros.

*¡Arqueros visigodos a caballo!*, anticipó la mercenaria. *En cuanto se organicen.... No, no con este tiempo.*

Sintió un estremecimiento en la piel de la nuca.

*Serán los gólems, con lanzallamas de fuego griego, como en Auxonne... y estamos aquí todos apretujados, ¡vamos a terminar fritos como avispas en una hoguera!*

La tensión de la espera hizo que le doliera la boca del estómago. Se movían otra vez, por fin: los gritos de los hombres, los cascos de los caballos: todo levantaba ecos bajo el arco de piedra de la puerta de la ciudad. El aliento de los animales se elevaba en oleadas blancas que se perdían en el aire húmedo. La mercenaria hizo girar a su montura y siguió al castrado gris de Florian, sin resuello y un poco cojo; por un momento fue consciente de la oscuridad del túnel de la puerta y luego salió de repente a la luz del día empapada de lluvia al tiempo que Antonio Angelotti le cogía la brida.

—¡El Duque está muerto! —le gritó con la cara chorreando de lluvia—. ¡Hora de cambiar de bando, ya! *Madonna*, ¿envío un mensajero a los cartagineses?

—¡No te dejes llevar por el pánico, Angeli!

La alta silla de acero y cuero crujió cuando la joven se acomodó y cambió de postura para evitar que el bayo bailara de lado por los adoquines destrozados e inundados de agua.

—Hay un nuevo Duque, ¡Duquesa! —se corrigió—. Es Florian. ¡Nuestra Florian!

—¿Florian?

Detrás de Angelotti, Robert Anselm gruñó:

—¡Hostia!

Ash hizo dar la vuelta al castrado cubierto de espuma y consiguió dominarlo. Cada uno de sus instintos la maldecía para que reuniera a sus hombres ya, abandonara todo equipaje salvo lo más esencial y dejara que esta ciudad se enfrentara a las consecuencias naturales de un traspaso tan chapucero de poder como aquel.

*¿Cómo voy a hacer eso?* El puño de la joven golpeó el pomo de la silla. *¿Cómo voy a hacer eso?*

—¡*Demoiselle* capitán! —Olivier de la Marche se acercó a caballo y se inclinó por encima del caballo de guerra para cogerla por el brazo, guantelete contra brazal—. ¡Ocupaos de las defensas de esta puerta! Os doy autoridad sobre Jonvelle, Jussey y Lacombe; ¡tomad posiciones desde esta puerta hacia el norte, por el muro hasta la torre Blanca! ¡Luego debo hablar con vos!

—¡*Sieur*...! —No pudo decirlo a tiempo: el semental castaño del capitán ya se alejaba haciendo sonar los cascos bajo el chaparrón y entraba con sus hombres de armas.

El ballestero Jan-Jacob Clovet, tras tomar las riendas del bayo de las manos de Angelotti, se encogió de hombros y escupió.

—¡Hijo de puta!

—Bueno, ¿no es eso ponernos a los mercenarios en primera línea de fuego, como siempre? ¿O es acaso concedernos el lugar de honor porque es donde van a dar más fuerte cuando vengan?

—Dios nos libre del favor ducal, jefe —dijo con fervor Jan-Jacob Clovet—. De cualquier puto duque. O duquesa. ¿Estáis segura de lo del *doc*? No puede serlo, ¿verdad?

—¡Oh, desde luego que sí! ¡Florian! —aulló Ash.

El sub-capitán de de la Marche y sus hombres interpusieron los caballos de guerra engualdrapados y humeantes entre ella y Florian y luego empujaron a la cirujano y su agotada montura por la zona devastada de la ciudad que había tras los muros y se dirigieron al trote al palacio ducal.

—¡Florian!

La mercenaria vislumbró por un momento el rostro blanco de Floria del Guiz entre las hombreras de los caballeros ataviados con armaduras que la rodeaban. Luego, la guardia de Olivier de la Marche la cercó del todo.

¡Mierda! ¡No había tiempo!

Ash hizo girar el poco dispuesto bayo y volvió a mirar la puerta.

—¡Angeli! ¡Thomas! ¡Que se suban a las murallas! ¡Rickard, avisa al capitán Jonvelle... los visigodos van a saltarse esas putas murallas detrás de nosotros!



—¡Pero por qué no vienen!

Ash se encontraba ante una ventana estrecha de la torre Byward y miraba el exterior con los ojos entornados a través del agua que caía sesgada. La lluvia se fragmentaba contra los muros de Dijon. El pedernal y la mampostería de la torre irradiaban aire frío.

La lluvia golpeaba sin cesar, una lluvia de tormenta, sólida, intensa. Le corrían riachuelos por la celada de acero y la visera. El aliento y el calor corporal hacían de la seguridad de la armadura un lugar pegajoso y húmedo a pesar del viento frío y cortante.

—Otro par de horas y será de noche. —Robert Anselm se colocó de un empujón en la tronera de la ventana, la armadura sembrada de óxido del hombre se raspaba contra la de la mercenaria—. ¡Joder, creí que todo el puto ejército de caratrapos iba a entrar detrás de ti!

—¡Y eso tendrían que hacer! Si yo fuera ellos... ¡Jamás han tenido una oportunidad mejor...!

El trueno de la puerta de la ciudad cerrándose tras ellos todavía le cosquilleaba en los huesos.

—¡Quizá haya un motín ahí fuera! Quizá la Faris está muerta. ¡Yo que sé!

—¿Tú... no podrías enterarte?

Con mucho cuidado la mercenaria sondea esa parte de su alma que comparte.

Son casi imperceptibles pero hay voces... ¿La *machina rei militaris*, Godfrey, las máquinas salvajes? Por primera vez en su vida no sabría decirlo. Y hay un eco de esa intensa presión, sentida como algo subliminal, sentida en los huesos, que la atormentó cuando cazaron al ciervo y el sol se oscureció en el cielo otoñal. Voces tan débiles, o más aún, que en ese momento en el que todo parecía deshacerse.

—Se ha producido algún... daño, creo. No sé a qué o a quién. Temporal, permanente... no sabría decirlo. —Temerosa y frustrada, Ash añadió—. Justo cuando no nos vendría nada mal oír a Godfrey, ¿eh, Roberto? Oye, ¿quizá la Faris haya muerto de verdad! Quizá sus *qa'ids* están corriendo por ahí como pollos sin cabeza mientras intentan organizar la estructura de mando: por eso no han atacado...

—No les llevará mucho tiempo. —Anselm puso la cara en la apertura de piedra al tiempo que su cuerpo, duro y blindado, cambiaba de postura para intentar distinguir

algo más allá de las brumosas murallas de la ciudad—. He ordenado que pasaran revista. Todavía faltan dos de nuestros oficiales. John Price. Euen Huw.

—Mierda...

Ash se asomó al espacio vacío que había entre las piedras, cubiertas de buena argamasa. Su aliento formaba penachos grises delante de su rostro. La intensidad de los azotes del agua llegaba en oleadas que golpeaban el borde de piedra de la ventana. La joven no se apartó para evitarla.

—Price no es ni siquiera un puto caballero... No va a salir nadie tras ellos. — Su voz le sonó brusca incluso a sus propios oídos.

Anselm protestó:

—Niña...

Ash lo cortó en seco.

—A mí me gusta tan poco como a ti. No va a pasar nada hasta que podamos ver lo que hay. El Duque está muerto. ¡Esta ciudad podría desmoronarse por dentro en cualquier momento! Quiero una reunión de mando con de la Marche; ¡y quiero ver a Florian! Después de eso, quizá mandemos un hombre por una de las puertas de postas.

Anselm, serio e irónico dijo:

—No tenemos ni idea de lo que están haciendo los putos caratrapos. Ni los borgeñones. A ti no te gusta. Y a mí tampoco.

Aumentó el siseo de las cuchilladas del agua contra la piedra. Ash se apretó aún más contra la estrecha ventana con las manos apoyadas en la piedra fría que había a cada lado. Más allá del aire vacío, la mercenaria se dio cuenta de que solo veía unos cuantos metros de tierra rota.

Cambió de postura y se comprimió tanto a un lado como pudo para dejar que Robert se metiera a su lado. El hombre tosió y escupió una mucosidad blanca que roció el alfeizar de piedra.

—Al menos este tiempo de mierda se les mete en la pólvora y les estira las cuerdas de las máquinas de asedio...

En cuanto el mercenario habló, se oyó un agudo silbido y luego un rugido, y cada uno de los hombres presentes en la torre se estremeció de forma automática. Ash saltó de la tronera de la ventana y entre repiqueteos metálicos se acercó lo más que pudo a la puerta para mirar. Un golpe seco y débil y un fulgor a través de la lluvia, allí abajo, en la parte más destrozada de la ciudad, le produjeron un escalofrío por lo que implicaba.

—La lluvia no va a detener a las máquinas gólem —dijo la joven—. Ni al fuego griego.

Robert Anselm no se movió de la ventana. Después de un momento, la mercenaria dio la vuelta y subió a reunirse con él.

El hombre gruñó.

—¿Ya han puesto en marcha el funeral de Carlitos?

—¡Joder, y quién nos lo va a decir a nosotros!

—¿Has sabido algo del *doc*?

Ash apartó la mirada de los bultos grises y cubiertos que yacían en la tierra encharcada que había detrás del foso, escalas desechadas, caballos muertos e hinchados, uno o dos cadáveres humanos. Esclavos, lo más probable, que no merecía la pena recuperar, según todos. Todos de un uniforme color gris lodoso, todos inertes.

—Roberto, signifique lo que signifique... es Duquesa.

—¡Y yo soy el puto rey de Cartago!

—He oído a las máquinas salvajes —dijo Ash con la mirada firme clavada en él—. En mi alma. Y las he visto... Estuve allí mientras ellas sacudían la tierra bajo

mis pies. Y vi el rostro de Florian, y las oí, Robert; intentaron hacer su milagro del diablo y algo las detuvo. En seco. Por ella; por nuestra Florian. Porque convirtió la bestia heráldica de Borgoña en... carne.

En el rostro masculino, lo que queda visible bajo la visera de la celada y la capucha empapada, la joven ve una expresión de incredulidad cínica.

—Lo que eso significa para los borgoñones todavía no lo sé. Pero... Tú no estabas allí, Robert.

Anselm volvió la cabeza. La joven lo veía ahora solo de perfil, asomado a la estrecha ventana. Con la voz convertida en gravilla, el mercenario protestó.

—¡Sé que no estaba allí, joder! ¡Recé por vosotras! Los chavales y yo; Paston y Faversham, arriba, en la muralla...

*¿Lo presiono o no?, se preguntó la mercenaria distraída. Sí, necesito saber hasta qué punto va en serio: voy a tener que depender de este hombre.*

—Si hubieras venido al asalto, quizá hubieras visto lo que pasó en la cacería. Te rajaste.

El hombre se dio la vuelta de golpe, con una sacudida, la cara roja, y le clavó un dedo a pocos milímetros de la coraza.

— ¡Eso no me lo dices tú a mí, cojones!

La mercenaria fue consciente de que la escolta y los hombres de armas del estandarte que había al lado de la puerta de la torre los miraban y les hizo una señal para que se quedaran donde estaban.

—Robert, ¿qué problema hay? —La mercenaria aflojó y se quitó un guantelete y luego levantó la mano desnuda para limpiarse la humedad del rostro—. ¡Aparte de lo obvio! Hemos visto peores asedios, joder. Neuss por ejemplo. De acuerdo, es mejor estar fuera...

Los chistes no iban a conquistar la confianza masculina. La expresión del hombre se cerró. Estaba tan cerca que la mercenaria podía verle con claridad el color castaño verdoso de los ojos, las venitas finas como hilos de la nariz y los pómulos, pero la celada y las sombras convertían aquel rostro en ilegible.

Ash aguardó.

Un viento renovado traía la lluvia en grandes oleadas que golpeaban los muros como espuma del mar. A Ash le recordó por un momento al mar que se batía contra los acantilados del puerto de Cartago, bajo las ventanas estrechas de piedra de la casa Leofrico; la mercenaria es consciente del gran vacío, tan parecido, que hay al otro lado de este muro, un gran espacio vacante de aire, lleno de torrentes grises y helados. Un tenue rocío le humedeció las mejillas. Levantó la mano y con el guantelete izquierdo, que (a pesar de que lo restregarán con arena y lo frotarán con grasa de ganso) ya estaba salpicado de puntos naranjas de óxido, se bajó la visera.

—¿Qué pasa, Roberto?

El cuerpo del hombre que tenía a su lado la aplastó aún más contra la tronera al exhalar un gran suspiro. El mercenario se asomó a la lluvia que no dejaba de moverse y cuando al fin habló, lo hizo con la aparente aceptación del derecho que tenía ella a exigirle cosas.

—No sabía si estabas viva o muerta después de Auxonne. Nadie conseguía enterarse de si habían recogido tu cuerpo del campo de batalla. Esperaba ver tu cabeza en cualquier lanza porque si estabas muerta, los godos iban a alardear de tu cuerpo, ¡joder que si iban a alardear!

Bajó aún más la voz. La mercenaria ya apenas la oía, por no hablar ya de los hombres de armas que aguardaban a la puerta.

—Si te hubieran hecho prisionera, te habrían mostrado encadenada... Podrías haberte metido en los bosques, herida. Podrías haberte arrastrado para morir en cualquier rincón. Nadie te habría encontrado.

Se volvió para mirarla. La lluvia lo obligaba a guiñar los ojos bajo la visera levantada, con la piel arrugada alrededor.

—Eso fue lo que pasó, niña. Creí que te habían enterrado en una de aquellas fosas comunes sin que nadie te reconociera. Esos lanzallamas... Muchos de los hombres volvieron diciendo que los cuerpos habían quedado carbonizados. Tony dijo que quizá te hubieran hecho prisionera en Auxonne y que luego podrían haberte despachado al norte de África, porque en Basilea tenían mucho interés en atraparte. Pero les importaría poco tener que llevarse un cuerpo muerto. Los científicos-magos me ponen los pelos de punta —añadió Anselm con un estremecimiento inconsciente.

La mercenaria siguió esperando, escuchando los azotes de la lluvia en el pedernal, sin presionarlo.

—Tres meses y luego... —La mirada masculina se clavó en ella—. Tenías que estar muerta, no había otra alternativa, y luego, de la nada, hace tres días, un mensaje en un virote de ballesta...

—Te acostumbraste a dirigir la compañía.

El mercenario estrelló las manos contra el muro, a ambos lados de ella, atrapándola en la tronera de la ventana. La joven bajó la vista, contempló el acero de los brazos masculinos y luego lo miró a la cara.

El hombre escupió algo de saliva al hablar y le roció la parte frontal del tabardo.

—¡Quería ir a África! ¡No quería quedarme en Dijon! Por el dulce Cristo Verde, ¿qué crees tú que pasó, niña? Tenía al puto John de Vere diciendo «el Duque va a enviar a la mitad de la compañía a Cartago, necesito un hombre que pueda dejar al mando aquí...».

Los hombres de la puerta de la torre se removieron inquietos. El mercenario se interrumpió y volvió a bajar la voz de forma deliberada.

—Si estabas en alguna parte, viva o muerta, ¡tenía que ser en Cartago! ¡Solo que yo no tenía ni una puta alternativa! ¡Me ordenaron que me quedara aquí! Y ahora me encuentro con que estabas allí, viva...

Ash levantó los brazos, le puso las manos en las muñecas y con mucha suavidad se las bajó de un pequeño tirón. El acero de los brazales estaba resbaladizo por la lluvia, frío contra la palma desnuda de ella.

—Me imagino a Oxford haciéndolo así. Tendría que llevarse a Angeli, por los cañones. Tú habías sido mi lugarteniente, estabas al mando, no había nadie más al que pudiera dejar atrás con garantías. Robert, yo podría haber estado muerta. O si no muerta, entonces en cualquier otra parte. Hiciste bien quedándote aquí.

—¡Debería haber ido con él! Estaba seguro de que estabas muerta. ¡Me equivoqué! —Robert Anselm estrelló el puño con fuerza contra el pedernal que forraba la tronera de la ventana. Bajó la vista para contemplar el guantelete arañado, dentado, y flexionó los dedos con gesto distraído—. Si hubiera sacado la compañía conmigo, Dijon no estaría ahora aguantando el asedio, pero mira lo que te digo, niña, debería haber ido a Cartago. A por ti.

—Si lo hubieras hecho —dijo Ash mientras medía mentalmente cada palabra—, podríamos haber tomado la casa Leofrico. Con tantos hombres y armas más. Quizá hubiéramos destruido el gólem de piedra; quizá hubiéramos roto la única

conexión que tienen las máquinas salvajes con el mundo..., la única forma que tienen de hacer su milagro.

Los ojos del mercenario, tan pequeños detrás de unas pestañas largas e incongruentes, se clavaron en ella con un movimiento rápido.

—Pero también es verdad —Ash se encogió de hombros— que si no hubieras estado aquí, Dijon podría haber caído antes de que llegaras siquiera a la costa... Entonces habrían ejecutado al Duque y a estas alturas ya sabríamos para qué van a usar a la Faris las máquinas salvajes. ¡Porque lo habrían hecho hace tres meses!

—O quizá no —murmuró Anselm, descontento.

—Estamos aquí, ahora. ¿Qué importa ya lo que no hiciste? Robert, nada de lo que me cuentas explica por qué no acudiste hoy al ataque contra la Faris. Nada de eso me dice por qué te rajaste. Y eso necesito saberlo porque dependo de ti, y como yo mucha más gente.

La mercenaria hablaba con franqueza, obligándose a mencionar en voz alta sus temores. Lo que vio en la cara masculina cuando el hombre volvió la cabeza no era vergüenza.

El hombre murmuró.

—Saliste esperando que te mataran.

—Sí. Si hubiera sido así, pero si la hubiera matado a ella...

En voz tan baja que la joven casi no lo oyó, Robert Anselm la interrumpió.

—No podía salir a cabalgar contigo hoy. No podía verte morir delante de mí.

Ash se lo quedó mirando.

—No después de tres meses —dijo él con la voz llena de dolor—. Ofrecí misas por ti, niña. Lloré tu pérdida. Continué sin ti. Y luego volviste. Y entonces me pides que salga ahí y vea cómo te matan. Es demasiado pedir.

El azote de la lluvia contra las murallas incrustadas de pedernal se hizo más fuerte. Raudales de agua chorreaban entre las planchas del techo y los salpicaban a ellos y las maderas del suelo sin consideración alguna.

*Sé lo que tengo que decir, pensó Ash. ¿Por qué no puedo decirlo?*

—Bueno —dijo el mercenario con dureza—, ahora es cuando me despojas de mi rango, ¿no? Sabes que en un combate ya no puedes confiar en mí. Crees que voy a estar protegiéndote en lugar de hacer mi trabajo.

Había una tensión en el interior de Ash que alcanzó su punto crítico y la hizo soltar de golpe:

—¿Qué quieres que te diga, Robert? ¿Lo mismo de siempre? ¿«Nos pueden matar a todos, aquí y ahora, en cualquier momento, vale más acostumbrarse»? ¿«Así nos ganamos la vida, en la guerra se muere»? ¡Sé cantar muy bien esa canción! ¡Hace seis meses te lo habría dicho! ¡Ahora no!

Robert Anselm levantó la mano, se desabrochó el casco y luego bajó la cabeza para quitárselo. El forro del casco y el calor corporal le habían dejado el ralo cabello de la cabeza resbaladizo de sudor. El mercenario respiró con fuerza.

—¿Y ahora?

—Duele —dijo Ash. La joven apretó los nudillos desnudos contra la pared y se machacó la piel contra la piedra, como si el dolor físico pudiera proporcionarle algún alivio—. ¿Tú no quieres verme hecha pedazos? Yo no quiero mandarte a ti, a Angeli y a los demás a las murallas. He atravesado con estos tíos el país, ¡y hemos vuelto como hemos podido! No quiero que terminen acuchillados en una incursión al campamento visigodo, o con lo que se le vaya a ocurrir a de la Marche cuando lo vea. Quiero que nos ocultemos, que vayamos a sentarnos a

la torre, lejos del bombardeo... Estoy empezando a tener miedo de que la gente salga herida.

Hubo una larga pausa. La lluvia se hizo más fuerte.

Robert Anselm sorbió por la nariz, un gesto breve y sofocado.

—¡Entonces al parecer estamos los dos metidos en un buen marrón!

Cuando la joven lo miró, sorprendida, el mercenario estalló en carcajadas.

—¡Jesús, Roberto...!

La risa la cogió por sorpresa. Un vacío en el pecho hizo que se atragantara y lanzara una risita, luego una carcajada y por fin una gran risotada. No podía negarse: un burbujeo que la hacía farfullar, con los ojos llenos de lágrimas, incapaz de decir ni una palabra coherente.

Robert Anselm se estremeció y se detuvo con un murmullo, estiró el brazo, la rodeó por el hombro y la sacudió.

—Estamos jodidos —dijo el mercenario alegremente.

—¡No tiene ninguna gracia!

—Qué par de putos idiotas —añadió él. Apartó el brazo al estirarse, placa deslizándose sobre placa. Con los ojos todavía brillantes, se puso serio—. Los dos deberíamos salirnos del juego. Pero no creo que los caratrapos vayan a darnos la opción.

—Joder, no... —La joven se chupó el nudillo y unas gotas de sangre—. Robert, no puedo hacer esto si tengo miedo de que la gente salga herida.

El mercenario bajó la vista y la miró desde los escalones de pedernal a los que estaba subido.

—Ahora lo vamos a averiguar, ¿no? Si somos buenos en esto cuando se pone difícil de verdad. Cuando no puede importarte.

La nariz de la mercenaria está llena del olor a acero mojado, a sudor masculino, a lana empapada, a los montones de muladares de la ciudad, allí abajo. La lluvia la salpicó, regó sus mejillas con un rocío fino, helado. Cuando los golpeó con fuerza una ráfaga de viento, Anselm y ella se volvieron a la vez hacia la punta de flecha de la ventana.

—Aquí no hay nadie al mando. ¡Deben de saberlo! ¡Por qué no ataca esa mujer de una vez!

Ash envió un torrente de mensajeros al palacio ducal a lo largo de la siguiente hora y todos volvieron, uno detrás de otro, con la noticia de que no habían podido hablar con la nueva Duquesa, ni con el *sieur* de la Marche, ni con el chambelán-consejero Ternant; con la noticia de que el palacio era una horda caótica de cortesanos, enterradores, celebrantes, sacerdotes y nobles, desgarrados a la vez entre organizar una coronación y un funeral.

—¡El capitán Jonvelle me ha dicho algo! —añadió Rickard, jadeante, calado hasta los huesos en medio de la fría sala de la torre.

Ash se planteó preguntarle por qué se había parado a chismorrear con los capitanes borgoñones de de la Marche pero vio el rostro brillante del muchacho y cambió de opinión.

—Zapas. Los caratrapos siguen abriendo minas. ¡Los hombres del capitán los oyen! ¡Siguen cavando!

—Espero que se ahoguen —gruñó Ash por lo bajo.

La mercenaria pasaba el tiempo paseándose por los pisos atestados de la torre Byward, entre hombres armados y listos para salir si las murallas eran amenazadas;

de vez en cuando se enviaba al exterior a una lanza para vigilar, escuchar, en busca de cualquier cosa que pudiera verse u oírse en medio de aquella lluvia devastadora.

*Sesenta kilómetros al sur, por ese camino... oscuridad fría veinticuatro horas al día. Dado lo que rodea las fronteras de Borgoña... ¿Qué tiene de extraño el tiempo de mierda que tenemos aquí?*

—Jefe... —Thomas Tydder, empujado por su hermano Simon, la miró desde debajo de una mata de cabello oscuro. Cuando habló, le tembló una gota de agua que le colgaba de la nariz—. Jefe, ¿es verdad? ¿Nos ha abandonado san Godfrey?

Ash le hizo una señal al líder de lanza de Tydder para que lo dejara estar.

—No nos ha abandonado —dijo la mercenaria con firmeza—. Ahora habla por nosotros en la comunión de los santos, lo sabes, ¿verdad?

Aliviado y avergonzado, el muchacho agachó la cabeza y asintió.

Tras él, Ash notó la presencia de Robert Anselm, cuyos rasgos permanecían impasibles. Con gesto automático, la mercenaria se sondeó el alma, del mismo modo que un hombre se palpa la boca en busca de un diente que le han sacado y ha dejado solo un hueco dolorido y sin llenar.

Anselm dio un paso en su dirección y murmuró.

—¿Tiene razón?

El estruendo de la lluvia ha ocultado sus susurros cada vez que habla en voz alta con Godfrey, con el gólem de piedra o incluso (*¡por Cristo!*) con las propias máquinas salvajes. Pero Anselm lo sabe.

—Todavía nada que pueda entender —dijo la joven sin extenderse.

—Que el león y el jabalí nos protejan —murmuró Anselm—. ¿Y eso es bueno o malo?

—¡Y quién cojones lo sabe, Robert!

La frustración de la espera la abrasaba; la mercenaria habría preferido cualquier otra cosa, hasta el anticipado golpe seco de las escalas de asedio y un torrente de hombres visigodos por encima de los muros de la ciudad. Se acercó con paso firme a la puerta abierta de la torre.

El rugido de las mechas y el estruendo de las ollas de arcilla al romperse levantaban ecos en el muro, un fuego azul y amarillo se extendía como una ola por la superficie de piedra del parapeto y ardía sin que le estorbara la lluvia torrencial. Todos los cubos de cuero de tierra y arena que se alineaban en las murallas empezaban a empaparse y a pesar demasiado para levantarlos.

Ash les hizo una seña a sus hombres para que lo dejaran todo y contempló la mezcla llameante y gelatinosa que poco a poco bañaba las losas y entraba por los muros de la ciudad. *De todos modos no queda mucho que quemar ahí abajo: no vamos a tener ningún incendio en la ciudad.*

Unos cuarenta minutos antes de que, por lo que ella juzgaba, la última luz dejara aquel cielo de color gris hierro que no dejaba de diluviar, dos hombres de armas borgoñones de constitución sólida aparecieron en la puerta de la torre con un hombre más delgado entre ellos.

—¡Jefe! —Thomas Rochester, que corría con ellos, se agachó en la misma tronera, entró con un tropezón en el refugio oscuro de la torre y aulló un informe—. ¡Euen ha vuelto!

Se volvieron varias cabezas en la sala de la torre y entre las filas de hombres de armas del León que se habían acomodado en los tabiques de ventilación y detrás de las almenas, bajo la lluvia torrencial, los hombres se apretujaron para ver a la pequeña figura nervuda que trotaba por el parapeto de piedra custodiado por los borgoñones.

—Es uno de los nuestros, sargento. —El rostro de Ash estalló en una tremenda sonrisa—. Qué hijo de puta...

Los borgoñones le ofrecieron un saludo militar, un tanto cauto, y volvieron a salir a la lluvia. Ash lanzó una carcajada de puro alivio al ver al desaliñado y chorreante galés que se estremecía bajo el viento helado pero lucía una sonrisa lo bastante brillante como para iluminar el creciente crepúsculo.

—¡Que alguien le traiga a este idiota un manto! ¡Euen, entra aquí!

La mercenaria esperó mientras una de las mujeres del equipaje le daba a Euen Huw un cuenco de espesa sopa.

—Estás mojado, Euen... muy mojado.

—Entré por una puerta de agua, ¿no? —dijo el joven, muy serio, mientras le caía la sopa por la barbilla sin afeitarse—. Abajo, por donde los molinos. Crucé el foso a nado. Un hijo puta borgoñón casi me clava con una flecha. Ahí abajo vigilan bien.

—Información —dijo Ash.

Euen Huw suspiró y se apoyó en la pared incrustada de pedernal con un alivio inconmensurable.

—¿Cuándo salimos para esa cacería? Llegué hasta el campamento de los caratrapos, ya veis, listo para cargarme a su jefa, pero no había nadie conmigo. Luego los *hijoputas* cartagineses vuelven a toda leche; me separé sin querer de mi lanza y me ha llevado todo el día salir a escondidas de su campamento.

Ash se imagina a aquel hombre con la librea traicionera metida en un fardo, comiendo (y sin duda bebiendo) con los visigodos, sus esclavos y mercenarios, prestando mucha atención a los rumores del campamento y a las declaraciones oficiales.

—¡Jesucristo! Bueno. Lo primero. ¿Se están desplegando para atacar?

—Ni idea, jefe. Tuve que salir por el parque de máquinas de asedio, no vi lo que estaban haciendo por el norte.

Ash frunció el ceño.

—¿La Faris sigue viva?

—Oh, está viva, jefe, solo se cayó, eso es todo.

—¿«Se cayó»?

—Un ataque enviado por Dios<sup>2</sup>, jefe. ¡Echaba espuma! Dicen que ya está otra vez en pie pero un poco mareada.

Sin darse cuenta de que había frunció el ceño, Ash pensó, *¡mierda! ¡Si hubiera muerto, todos nuestros problemas estarían resueltos...!*

—Alguien dijo que dio órdenes de volver a Cartago y luego las canceló —añadió Euen.

Una esperanza que Ash no sabía que tenía se desmoronó en apenas un segundo.

*Allá va la idea de volver y convencer a la casa Leofrico de que destruya al gólem de piedra.*

Ash no dijo «¿Godfrey?». La desconcertante ininteligibilidad de su mente, constante ya desde hacía cinco horas, iba aumentando hasta convertirse en una tensión insoportable en su interior.

—Pero sus oficiales detestan todo esto. —Los ojos negros de Euen chispearon—. Por lo que oí, todos y cada uno de sus *qa'ids* está esperando a tener el apoyo suficiente para convertirse en comandante y ocupar su lugar.

<sup>2</sup>¿Una traducción mejor podría ser «ataque epiléptico»?

—Bueno, tienen un bonito problema de moral, ¿no? —La burlona simpatía que expresaba la mercenaria fue lo bastante transparente para que Euen Huw lanzara una risita—. ¿Por eso no han montado ningún asalto global?

—Quizá ahora todo se reduzca a «que se mueran de hambre», jefe. —El galés miró pensativo el raspado fondo del cuenco y colocó con mucho cuidado la cuchara dentro—. O a volar las murallas esas. Pero os diré algo, jefe. Casi no consigo volver. No es ya esquivar a los chavales del señor Mander y a nuestro Agnus Dei... Los caratrapos están reforzando las guardias de todo el perímetro que rodea la ciudad.

—No pueden cerrar todo esto. Hay demasiado terreno que cubrir.

Euen Huw se encogió de hombros.

—Jack Price quizá sepa más, jefe. Lo vi con sus lanceros. Ha vuelto ya, ¿no?

—Aún no. —Ash cambió de postura y vio a Rickard en la puerta de la torre, y a dos o tres líderes de lanza con él, había interrogantes obvios en las expresiones de sus rostros—. Que tus chavales te pongan cómodo, Euen. Menuda la has armado. —La mercenaria lo dejó darse la vuelta antes de decir, medio en broma—. Me alegro de tenerte de vuelta...

—Ah, sí. —El galés levantó los brazos y lo abarcó todo: la lluvia torrencial, la piedra marcada por el fuego y las casas demolidas de la ciudad asediada. Con un sarcasmo que quitaba el aliento, dijo—. No se me ocurre otro sitio mejor, jefe.

—Sí, bueno. —La mercenaria le dedicó una amplia sonrisa—. Nunca has tenido muchas luces.

Cayó una lenta oscuridad: la lluvia siguió golpeando el suelo.

No llegaban noticias del palacio ducal.

*La Faris no ataca. ¿Por qué?*

*¿Qué le han hecho las máquinas salvajes?*

Ash volvió por fin a la torre de la compañía donde sus pajes le soltaron los ojales, la despojaron de la concha de la armadura y se sumió en un sopor negro, sin soñar con verracos. Antes del amanecer estaba en pie y con la armadura puesta otra vez, dando tumbos bajo la oscuridad iluminada por la luz de las velas, al ritmo del trueno y el aguanieve, cabalgando con el siguiente turno de hombres de armas hacia las murallas.

Una hora o así después llegó un amanecer indistinguible (la lluvia solo se hizo más brillante) y una escolta y ella volvieron a atravesar las calles de Dijon. La visibilidad no era mejor bajo la luz de esta mañana: la lluvia rebotaba en las losas del suelo y todo lo que había a más de veinte metros era una bruma. Mientras se dirigían al palacio ducal, se perdieron.

El caballo de guerra de la mercenaria, aquel indescriptible bayo pálido, sacó los cascos de la mierda con delicadeza. La lluvia que inundaba las calles inundaba también los muladares. Ash arrugó la nariz al percibir el hedor acre y guió al caballo con cuidado por la fina película de estiércol líquido que se extendía sobre las losas.

Jan-Jacob Clovet levantó un brazo empapado.

—¡Por allí, jefe! Reconozco esa taberna.

La mercenaria esbozó una amplia sonrisa dedicada al ballestero que, al haber estado con la parte de la compañía que se había quedado en Dijon, conocía a fondo sus posadas, tabernas y fondas.

—Adelante...

Se pasó dos horas sin poder entrar en el palacio ducal para ver a Floria del Guiz, al vizconde-alcalde ni a Olivier de la Marche; tuvo que escuchar a hombres de armas borgoñones muy avergonzados que le pedían que esperara entre una multitud de solicitantes civiles y militares y decidió no gritarles porque solo estaban obedeciendo las órdenes de personas muy parecidas a ella.

*Pero al menos aquí hay gente. No han robado las armas, la vajilla, la ropa blanca y los muebles y han salido por patas rumbo al campamento visigodo. ¿Buena señal?*

De vuelta a las murallas de la ciudad, la mercenaria tuvo que hacerse a un lado para dejar paso a una procesión de sus hombres que bajaban con dos víctimas del fuego griego y el padre Faversham, que descendía con cuidado los escalones mojados de piedra tras ellos.

El sacerdote se quitó la capucha del rostro pálido y barbudo y bajó la vista hacia ella.

—Capitán, ¿volverá pronto Florian al hospital? ¡La necesitamos!

*Ni siquiera he pensado en eso.*

Le dolía cada músculo del cuerpo, la lluvia se filtraba y empapaba el jubón de seda de la armadura mientras una película de óxido volvía de color marrón el arnés blanco milanés. La joven sacudió la cabeza y exhaló un gran *¡buf!* de aliento que le apartó la lluvia de la cara.

—No lo sé, padre —le dijo—. Haced lo que podáis.

Ascendió los escalones de pedernal que llevaban a la torre Byward, traicioneros por culpa de la lluvia, pensando, *¡esa no es la única razón que tengo para hablar con Florian! Mierda, ¿qué está pasando aquí?*

Hacia nonas<sup>3</sup>, un mensajero la llevó de vuelta tras patrullar la esquina de la ciudad que incluía la puerta noroeste y dos torres de la muralla del norte. Se detuvo un momento con la cabeza inclinada bajo la lluvia mientras uno de los sacerdotes borgoñones dirigía las plegarias en honor de San Gregorio<sup>4</sup>. Tras entrar en la torre Byward, la mercenaria se vio libre de momento de las salpicaduras de la lluvia en la armadura. Subió por los sólidos escalones de madera al piso superior y salió al aire saturado de agua, donde encontró a Anselm y sus sub-capitanes en las almenas, ataviados con las andrajosas libreas del León que la lluvia había convertido en negras a pesar de sus colores amarillos y azules.

—¡Está amainando! —bramó Anselm por encima del ruido del viento.

—¡No me digas!

Al adelantarse, la mercenaria estuvo segura de que se reducía el siseo torrencial de la lluvia. Se puso al lado de Anselm y se asomó a la torre. Al otro lado del aire vacío, comprendió la guerrera, sus ojos veían varios cientos de metros más de tierra rota, hasta las barreras de madera móviles amortajadas por la lluvia que protegían las zanjas visigodas.

—¿Qué cojones es eso? —quiso saber.

<sup>3</sup>3 p.m.

<sup>4</sup>Dos santos con el nombre de Gregorio celebran su día en noviembre: Gregorio *Thaumaturgus* («el hacedor de milagros»), fallecido en el 270, y Gregorio de Tours, fallecido en el 590. Ambas festividades se celebran el 17 de noviembre. Los acontecimientos de este texto, por tanto, deben de tener lugar menos de cuarenta y ocho horas después de la «cacería del ciervo».